Plantemos un árbol

Seudónimo: Namini

Plantemos un árbol

Era un día de escuela como cualquier otro, en la escuela primaria “Las Flores” todos los niños se formaron para entrar a los salones mientras los profesores daban las indicaciones correspondientes.

En cada aula ya empezaba el trabajo: planas, números, multiplicaciones, etc, pero en el salón de 2°A la profesora Rebeca daba un tema distinto. Aquel día la profesora se despertó pensando en que ya no se veían tantos árboles en la ciudad como antes, se sintió triste y quiso encontrar una forma de ayudar.

Esa misma mañana cuando entro en la escuela y vio a sus alumnos pensó que sería muy triste que cuando crecieran se vieran menos arboles aún de los que había. Trato de apartar sus pensamientos para comenzar con la clase.

Los niños hablaban entre ellos y el ruido llenaba el salón con un gran murmullo de voces combinadas.

-¡Atención niños, todos a sus lugares y vamos a guardar silencio!-llamo la profesora mientras se ponía de pie enfrente de su clase

Rápidamente los niños tomaron sus lugares y los que se encontraban en su silla solo se limitaron a callar para saber qué les diría la maestra.

-Seguro haremos sumas-pensó Lupita

-Espero que hagamos un ejercicio en el patio-pensó Ramiro

-Quiero que cada quien dibuje en su libreta un árbol- pidió la profesora, pensaba que sería lindo que los niños hicieran consciencia de la importancia de los árboles en nuestro planeta.

-¿Qué clase de árbol?-preguntó Fernando con la mano levantada

-El que ustedes se imaginen, el que más les guste y en cualquier estación del año, puede ser un frondoso árbol verde que está dando frutos, pero también puede ser un árbol seco que se ha quedado sin hojas por el frío del invierno, o un árbol otoñal con sus hojas anaranjadas cayendo a sus pies.

Los niños escuchaban con atención mientras en sus mentes imaginaban el árbol que plasmarían en sus cuadernos. Pronto los estudiantes se pusieron a trabajar, algunos sacaron lápices de colores y crayolas con los que darían color a su creación.

La maestra Rebeca tomó lugar en su escritorio mientras observaba atentamente su pequeño entusiasmo.

Al cabo de 20 minutos algunos de los niños ya habían terminado.

-Dejen las libretas en el escritorio y pueden salir a recreo

Los niños dejaron sus libretas y salieron, los que aún no terminaban intentaban darse prisa para salir también. Finalmente la maestra tuvo todas las libretas en su escritorio.

Mientras los niños comían y jugaban en el patio de la escuela, la profesora Rebeca fue tomando una a una las libretas. Cada árbol era diferente del otro, algunos eran árboles gigantes y verdes, otros flacuchos con solo un par de ramas, algunos tenían mucho color y otros solo estaban dibujados a lápiz como si se tratara de un boceto, pero al fin y al cabo todos eran árboles creados por niños pequeños de tan solo siete años.

Durante la revisión a la profesora Rebeca se le ocurrió una brillante idea.

Cuando los niños regresaron del recreo y tomaron sus lugares la maestra los empezó a llamar uno por uno para entregar las libretas ya calificadas.

-¡Manuel, excelente árbol!

-Rosita, muy original

-Pablo, ¡tu árbol es enorme, muy bien!

Al poco tiempo la profesora terminó con la entrega de libretas y se paró frente a la clase.

-Escuchen bien niños, este fin de semana tendrán una tarea muy especial- los niños la miraban atentos- quiero que cada uno con ayuda de sus papás planten un árbol en el jardín de su casa o en algún área verde de su comunidad.

-Fernando levantó la mano-¿qué tipo de árbol profesora?

-El que ustedes quieran, el que sus papás puedan comprar, y si no pueden, con que pongan a germinar un par de frijoles bastará.

-¿Cuántos puntos valdrá?- preguntó Alberto

-¿Para cuál materia será?-pregunto Valeria, que era la niña más aplicada del salón.

Pronto todos hablaban unos con otros llenando de ruido el aula.

-¡Niños, niños! Por fin todos callaron- esta tarea no tendrá ningún valor en sus calificaciones.

Los niños se quedaron sorprendidos mirándola, normalmente todas las tareas y trabajos que dejaba la profesora tenían algún valor para la calificación final.

-No habrá calificación, es cierto, pero tendrán la satisfacción de haber ayudado un poquito a nuestro planeta. Los árboles nos dan oxígeno y además son hermosos. Diariamente se talan cientos y cientos de árboles de los grandes bosques para poder tener madera, para que ustedes puedan tener cuadernos donde escribir y para muchas cosas más. ¿No creen que sea justo que regresemos al planeta un poco de lo que nos da?

Los niños se miraron unos a otros asintiendo.

-Este fin de semana cuando tengan oportunidad de plantar su árbol se darán cuenta de que no necesitamos de una calificación para hacer el bien, pues si queremos podemos ayudar en medida de nuestra posibilidades.

La campana de la salida sonó y pronto se escuchó un gran estruendo en los demás salones, más no en el de la profesora Rebeca. Los niños sonreían y pensaban en lo que les había dicho y no podían esperar para plantar su árbol. Salieron calladitos del salón despidiéndose de la profesora Rebeca.

Ya a la salida cada niño buscaba a su mamá o papá para ir camino a casa. Ahí estaba Mateo, otro niño del salón de la maestra Rebeca, buscaba con la mirada a su mamá y cuando la vio corrió hacía ella.

-¡Mateo! Lo abrazó entusiasmada su madre al verlo

-¡Mami, mami!

-¿Qué pasa Mateo, quieres decirme algo?- preguntó a su hijo al ver un entusiasmo inusual en él-el niño movió la cabeza afirmando.

-Te escucho mi amor.

-Mami, plantemos un árbol

FIN